

# LA ÚLTIMA CRUZADA: AMÉRICA, 1492-1573

Esteban Mira Caballos

Como es bien sabido las Cruzadas comenzaron en el siglo XI y en teoría se prolongaron hasta el siglo XIII. En ese período de tiempo se desarrollaron ocho cruzadas cuyo objetivo en teoría era recuperar los Santos Lugares que estaban en poder de los turcos seleúcidas que atacaban a los peregrinos cristianos. En la praxis este sacro objetivo se veía completado con el señuelo de obtener grandes riquezas, lo que animaba a los cristianos a sumarse a la cruzada. De hecho, los mismos cruzados estuvieron siempre animados por el afán de botín. Andrés II, rey de Hungría, regresó de su cruzada en Tierra Santa con un fabuloso botín en el que se incluía, al parecer el supuesto aguamanil usado en las bodas de Caná . Y es que de alguna forma las cruzadas fueron la solución a los problemas socio-económicos que padeció Europa en esos siglos, dándoles una forma de vida a campesinos desheredados y a nobles segundones.

Tradicionalmente la historiografía ha ampliado el marco de las cruzadas hasta la Reconquista de Península Ibérica. No existía el objetivo original de las mismas de recuperar los Santos Lugares pero sí el de luchas contra infieles y expandir las fronteras cristianas. Esto ha creado toda una literatura clásica que ha ensalzado el carácter mesiánico y evangelizador de España. Ya en el siglo XVII Vicent Le Blanc afirmó que había ciertos paralelismos entre la conquista del Santo Sepulcro y la de América, mientras que varios siglos después, Ramiro de Maeztu defendió la idea de que “toda España era misionera en el siglo XVI”. Y realmente lo espiritual y lo temporal han estado íntimamente entrelazados a lo largo de la historia de España y la frontera entre lo que pertenecía al César y lo que pertenecía a Dios fue siempre muy difusa. Además, no debemos olvidar que todas las grandes religiones monoteístas, como el cristianismo o el islam, buscan en última instancia la conversión de toda la humanidad.

Sin embargo, estas opiniones deben ser matizadas. En realidad cruzada no hubo porque no había caballeros cruzados, no participó el Papa, ni había Santos Lugares que recuperar. En realidad, más que una cruzada lo que si fueron, tanto la Reconquista como la Conquista, un capítulo más de la guerra santa del cristianismo frente al Islam. Desde la muerte de Mahoma en el 632 no había dejado de expandirse y a finales de la Edad Media

tocaba la ofensiva cristiana para frenar a su gran adversario religioso. Por ello, la guerra santa tiene una larga tradición en España, pues arranca de la época de la reconquista. Ya en la famosa batalla de las Navas de Tolosa en el 1212, que supuso una gran derrota de los almohades, el Papa Inocencio III concedió el privilegio de cruzada a todos los cristianos que participasen en ella. Fernando el Católico declaró en 1481 que su objetivo era “expulsar de toda España a los enemigos de la fe católica y consagrar España al servicio de Dios”. Nuevamente, el 3 de junio de 1482 el Papa y los Reyes Católicos llegaron a un acuerdo para unir fuerzas contra el infiel. Aquél atacaría al turco y estos al moro. La bula de cruzada colmaría de favores espirituales a aquellos que contribuyeran a la cruzada, físicamente o con donaciones. Desde este momento, la iglesia española movilizó todos los recursos propagandísticos, desde los púlpitos se apelaba al sentimiento de los fieles para luchar en guerra santa contra el infiel. Y tal fue la implicación de la Iglesia que Ladero Quesada ha estimado que tres cuartas partes de los gastos de la guerra de Granada fueron pagados por el Papa a través de distintos tributos eclesiásticos.

También los portugueses habían llevado a cabo su particular guerra santa a lo largo del siglo XV en las costas occidentales africanas. Su propósito era obtener beneficios comerciales y de paso propagar la fe. Una vez más religión y economía unidas de la mano.

Toda esa tradición peninsular se repitió en la Conquista de América, como veremos a continuación, y mucho más recientemente en la Guerra Civil española (1936-1939). Esta fue la última guerra santa, en este caso contra el laicismo, que ha habido en la historia de España, bendecida por la iglesia católica quien, por cierto, obtuvo grandes beneficios y prebendas tras la victoria del bando Nacional.

Ahora, bien, la historiografía ha tenido otro viejo debate entre los que defendían que la Conquista fue efectivamente una cruzada o una guerra santa cristiana y los que han sostenido que era simple y llanamente una empresa de saqueo. Por ejemplo, Muñoz-Bocanegra, Silvio Zavala o en fechas más recientes, Morales Padrón, se posicionan con la primera de las opciones, sosteniendo que fue el último episodio de las cruzadas medievales. En cambio, otros como Manuel Lucena afirman que tildar de cruzada a la conquista es un anacronismo, pues, ni los conquistadores fueron caballeros cruzados, ni había Santos Lugares que recuperar ni la expansión de la fe fue el primer objetivo.

Pero se trata nuevamente de otra discusión bizantina porque todas las cruzadas y las guerras santas ideas religiosas, pillaje y botín fueron siempre de la mano. La guerra santa

indiana estuvo plagada de violencia y de pillaje, pero en eso no se diferencia en nada de todas las cruzadas medievales. En definitiva, el concepto de guerra santa es absolutamente compatible con el de saqueo y pillaje porque todas estas iniciativas tuvieron siempre un fuerte incentivo económico. Los conquistadores supieron trasladar la guerra santa de la Reconquista a la Conquista, llevando implícito con él la posibilidad de enriquecimiento.

## **1.-LA ÚLTIMA GUERRA SANTA MEDIEVAL**

En teoría la Conquista de América ni podía ser entendida como una cruzada ni tampoco como una guerra santa. Ni había Santos Lugares que recuperar ni caballeros cruzados ni tan siquiera infieles. Los indios eran solo paganos, es decir, en general adoraban al sol y a la luna, pero no atacaban ni ofendían al cristianismo. De hecho, el culto al sol estaba ampliamente difundido por todo el continente americano. Ya lo advirtió el propio Colón en la su carta del 15 de febrero de 1493: “no conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo...”.

Años más tarde es el padre Las Casas quien se lamenta que se hubiesen tomado naciones y reinos indígenas como si fueran infieles, ignorando que en realidad no eran infieles sino simples paganos que en absoluto ofendían el cristianismo. Ciertamente es que los indios de las altas civilizaciones mesoamericanas y andinas tenían religiones más complejas, aunque no dejaban de ser paganos.

Dentro de la Iglesia había varias doctrinas: una minoritaria, conocida como humanista que era moderada y toleraba la convivencia de religiones y negaba la esclavitud. Benito Arias Montano, fray Bartolomé de Las Casas, fray Pedro de Córdoba, Francisco de Vitoria o fray Bartolomé de Albornoz son algunas de las figuras más destacadas de esta corriente. Ya San Pablo había condenado a los esclavistas y por tanto a la esclavitud. San Basilio había dicho que “a ningún hombre hacía esclavo la naturaleza. Covarrubias, Vitoria, Las Casas y otros muchos asumieron esta idea que, por desgracia, fue minoritaria en la Edad Moderna.

Otra que reconocía un trato diferente para los infieles y los paganos. A los infieles había que hacerles la guerra pero los paganos se podían incorporar directamente al seno de la Iglesia, mediante prácticas evangélicas.

Y, finalmente, otra que señala fray Luis de León, citando a San Gregorio, que incluye dentro de los infieles tanto a los herejes como a los paganos. Pues, bien, desde mucho antes del Descubrimiento de América, la Iglesia había optado por la tercera de las doctrinas. Por

ejemplo, ya el Papa Nicolás V concedió una bula a los portugueses, el 18 de junio de 1451 por la que les concedía la facultad de invadir y conquistar territorios de “paganos e infieles”, anexionarlos y someter a esclavitud a su población. Como puede observarse, Nicolás V metía en el mismo saco a infieles y a paganos pese a que no eran ni mucho menos lo mismo. Esta tercera doctrina fue la que se impuso en América, es decir, asimilarlos a los infieles y hacerles la guerra santa. Y ello por las ventajas que tenía el hecho de ser etiquetados como infieles porque, según el sentido latino del término, eso significaba perder todas sus instituciones y propiedades. Por tanto, infieles o paganos sufrirían el mismo destino, su conversión a sangre y fuego. Y ello porque hacía tiempo que el pueblo español se sentía llamado por Dios para expandir el cristianismo. Una política que emprendieron los Reyes Católicos y que continuó Carlos V no sólo en América sino incluso en Europa donde pretendió crear un imperio cristiano.

Efectivamente, por encima de cualquier proyecto mercantil, uno de los grandes objetivos alentados desde la Corona fue que en los nuevos territorios imperara la unidad cristiana. En América no habría moros, moriscos, judíos, gitanos ni herejes, sólo habría cabida para los cristianos católicos. Por ese motivo, la historiografía tradicional ha explicado la Conquista de América como una gran cruzada católica frente al infiel. Claudio Sánchez Albornoz entendió la Conquista de América como una prolongación de la cruzada que España llevaba a cabo desde hacía ocho siglos contra los moros peninsulares, idea compartida por Silvio Zavala quien la entendió como “la última aventura religiosa que cierra el cielo de las cruzadas medievales”. Otros muchos historiadores como William Prescott, Joaquín García Icazbalceta, Carlos Pereyra, Salvador de Madariaga o Francisco Morales Padrón han sostenido esta misma idea de que el espíritu de cruzada presidió toda la Conquista y Colonización española de América. A finales del siglo XIX escribía García Icazbalceta lo siguiente:

“La Iglesia urgía siempre para que se llevase la luz de la fe a las regiones incógnitas. España era el primer campeón del catolicismo, y así como en el Viejo Mundo sostenía terrible lucha contra las nacientes herejías, del mismo modo en el Nuevo agotaba sus fuerzas para extirpar la idolatría”.

El contexto histórico era el idóneo porque desde el siglo XV se habían radicalizado las posturas, pasando de la tolerancia a la intolerancia. Desde el siglo XV la intolerancia se ve como una gran virtud cristiana, mientras que la tolerancia se interpreta como una peligrosa

debilidad cristiana. Nada quedaba ya de aquella Iglesia primitiva y liberadora, de un San Pablo que condenó a los esclavistas cuando clasificó a estos entre los malvados. En el siglo XV la Iglesia se convirtió en legitimadora del Estado expansivo, bendiciendo la desigualdad de los hombres y la esclavitud. Pruebas de esta intransigencia son la creación del Tribunal de la Inquisición en 1478 o la expulsión de los judíos en 1492. La España de la Conquista se correspondía en el tiempo con la Europa de la Reforma, una Europa donde “se mata o se muere por cuestiones religiosas”. El propio Cardenal Cisneros quiso ir personalmente a Oran a matar infieles, mientras que el Papa Paulo III insistía a Carlos V en 1535 en la necesidad de tomar Constantinopla. La famosa y casi mítica convivencia de las tres religiones en la Península Ibérica había acabado desde finales del siglo XV. El cristianismo estaba en esos momentos en plena expansión, es decir, en plena yihad. Muchas palabras de líderes del integrismo islámico tienen su paralelismo en el cristianismo del siglo XVI. Recientemente, en un comunicado Osama Bin Laden ha dicho que los que den su vida como mártires por el Islam conseguirán el paraíso. Hoy nos escandalizan pero en el siglo XVI se daban los mismos planteamientos. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo era partidario de la “solución final”, cuando afirmaba que calcinar indios paganos equivalía a quemar incienso al Señor. Hernán Cortés destacaba el valor de luchar contra el infiel porque si morían “ganaban la gloria eterna” y si sobrevivían “perpetua fama y la mayor honra”. Como podemos comprobar el discurso no distaba mucho del que casi cinco siglos mantienen los integristas islámicos. Ese era el espíritu intransigente que reinaba en España en los tiempos del Descubrimiento y de la Conquista de América. Los conquistadores fueron profundamente creyentes y por extensión tremendamente intransigentes en materia religiosa. Ahora, bien, la codicia de estos conquistadores era pecaminosa a los ojos de Dios pero en la praxis se toleraba. La Iglesia de finales del siglo XV era tan intolerable en cuestiones de dogma como tolerante en otros aspectos. Esto permitió a los conquistadores compatibilizar su firmeza dogmática con su ansia por conseguir riquezas.

Por otro lado, el final de la Reconquista había dejado a muchos guerreros sin empleo. Miles de personas que habían hecho de la guerra su forma de vida y que no sabían hacer otra cosa. Tampoco la precaria economía agraria castellana parecía poder absorber fácilmente a este contingente de soldados licenciados. América supuso para ellos la nueva frontera en la que seguir haciendo lo mismo que habían hecho siempre, es decir, la lucha contra el infiel.

Por tanto, es obvio, que desde el inicio de la empresa americana ésta se entendió como una guerra santa contra el infiel, es decir, la continuación de la larga lucha de la Reconquista. De hecho, ya en el primer viaje colombino se utilizaron fondos de la bula de cruzada. El cobro de la cruzada se introdujo muy pronto en el continente americano. En 1503 se destinaron los fondos de los bienes de difuntos no reclamados a la bula de cruzada. Y desde 1511 se empezó a predicar la bula de cruzada en las Indias, aunque eso sí, los fondos irían destinados a combatir la guerra contra los turcos y los moros y no contra los infelices indios.

Infieles o no se les trataría como tales y la forma de proceder con ellos sería la misma que en la reconquista peninsular. Santiago Matamoros había ayudado de forma decisiva a derrotar al Islam en la Península y ahora se volvía a aparecer ante los españoles para derrotar a los nuevos infieles, los indios. Al igual que Alfonso VIII y sus soldados vieron al apóstol en su caballo guiándolos en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212, en la Conquista de América fueron muchos los que creyeron ver a Santiago con su caballo y su espada al frente. Por fortuna, Santiago marchó a América, junto con las huestes conquistadoras para ayudarlos en su difícil misión de extender la frontera cristiana allende los mares. Pero no sólo a Santiago; según Friederici, en las crónicas se citan al frente de las huestes, 11 veces a Santiago, 6 a la Virgen y una vez respectivamente a San Pedro, San Francisco y San Blas. Como podemos observar la ayuda divina enviada por Dios a los conquistadores no se limitó a Santísimo sino que se extendió a poco menos que media corte celestial.

## **2.-¿DE VERDAD CREÍAN QUE ERA UNA GUERRA SANTA?**

Muchos, aunque no todos, estuvieron convencidos de que lo que se libraba en América era una verdadera guerra santa cristiana, la última gran cruzada. Algunos religiosos y algunos visionarios estuvieron totalmente convencidos, como fray Toribio de Benavente “Motolinía” que veía a España como el imperio de Jesucristo y a los indios como paganos a los que había que convertir. También fray Gerónimo de Mendieta, quien comparó a Hernán Cortés con Moisés y lo consideró, al igual que a éste, un elegido por Dios para expandir la fe cristiana a Nueva España. Algunos de estos religiosos llevaron a cabo conversiones en masa, pensando en la vieja idea de que cuando el cristianismo hubiese llegado a todos los rincones del mundo, Jesús regresaría para hacer su juicio final. Unas conversiones masivas que guardan bastante relación con las que llevo a cabo el Cardenal Cisneros en la Península poco antes del Descubrimiento.

También había cronistas laicos que se expresaron en similares términos. Para Juan Suárez de Peralta América estaba señoreada por el demonio y fue voluntad de Dios su conquista, en la que ayudó decisivamente a través del apóstol Santiago:

“La guerra que se hizo a los indios fue toda hecha por Dios, y él la favoreció por el bien y remedio de aquellas almas. Que los cristianos a lo menos en la Nueva España, no fueran parte los que fueron, para conquistar y pacificar aquella tierra, si Dios no mostrara su voluntad con milagro, que lo fue grandísimo vencer tan poca gente a tanta multitud de indios como había... Y los indios fueron vencidos de un caballero que andaba en un caballo blanco, que los atropellaba, y éste era el que más daño les hacía...”.

El resto de los españoles, en su mayor parte, también defendieron la idea de cruzada o de guerra santa, todo ello auspiciado por la Corona. A ésta le interesaba la cohesión social de unos emigrantes muy variopintos, con sólo dos nexos de unión, es decir, la lengua y la religión. Lo cierto, es que casi nadie reconocía que su objetivo fundamental era el enriquecimiento, por el contrario, casi todos decían que lo hacían por servir a Dios y a la Corona.

El caso de Colón es algo especial porque tiene una personalidad compleja, a medio camino entre profeta y usurero. Todorov sostiene que su primer objetivo fue la expansión del cristianismo y que, cuando alude al oro, lo hace para captar el interés de los reyes y de los colonos. La verdad es que cuesta creer que su primer interés no fuese el económico, en una persona que tantos cargos ambicionó –y prueba de ello son las propias Capitulaciones de Santa Fe- y tanto oro busco. En su ansia por hacer fortuna incluso se involucró en el tráfico de esclavos indios, planeando enviar a la Península Ibérica una remesa de 4.000 esclavos.

Otra de las grandes figuras de la empresa americana, Hernán Cortés confesó que él no había ido a las Indias por tan poca cosa como era el oro “sino para servir a Dios y al rey”, idea que repitió en más de una ocasión. Y se afaná en destruir con saña todos los templos indígenas que encontraba a su paso. Así, por ejemplo, después de entrar en Culiacán mandó derribar los ídolos y el templo mayor pero como un indio principal no quiso colaborar en ello lo ahorcó “con los diablos a cuestas”. Sin embargo, paralelamente a esta actitud tan intransigentemente cristiana muestra un gran interés por los bienes terrenales. De hecho, lo primero que hicieron, las huestes de Cortés una vez en México, fue robar la cámara de los tesoros de Moctezuma, empezando por el propio Cortés. Según Bernal Díaz cuando vieron el tesoro de Moctezuma se sintieron aliviados en sus dolores y penalidades y la mayoría pensó en coger el oro y regresar a España. Cortés en sólo tres años se convirtió en la persona más

rica de América. La codicia superaba a sus posibles concepciones religiosas o ideológicas; estos eran los cruzados evangelizadores que en cuanto vieron el oro ya no querían evangelizar a nadie sino regresar a su tierra natal.

Se trataba de lo que los sociólogos llaman la falsa conciencia que implicaba un falseamiento consciente de la realidad por parte de unas personas que sabían muy bien cuáles eran sus verdaderos intereses. Los conquistadores y los funcionarios públicos trataran de justificar la ocupación del territorio y lo harán a sabiendas de que la realidad no se correspondía con lo que ellos decían. De ahí que se inventen absurdos formulismos legales como el requerimiento, redactado por Palacios Rubios en 1514, que ningún indio entendía pero que servía para justificar lo injustificable. Por ello, cuando hablaban de la necesidad de la cruzada contra el infiel trataban de justificar unas acciones que en el fondo no perseguían tanto ese objetivo como el enriquecimiento. Es decir, decían una cosa y hacían otra.

Francisco Pizarro, de orígenes mucho más humildes era también más realista. Al parecer, estando todavía en Panamá el trujillano, Diego de Almagro y Hernando de Luque hicieron toda una ceremonia: después de oír misa y repartirse la hostia acordaron repartirse todo el botín que se ganase a los infieles. Años más tarde, cuando fray Bernardino Minaya le pidió que, antes de su encuentro con Atahualpa, explicara a los indios que la razón de su presencia era la evangelización, a lo que se negó diciendo “que él había venido de México a quitarles el oro”. Obviamente, la inmensa mayoría de los conquistadores se jugaban la vida por la codicia. Gonzalo Fernández de Oviedo no puede ser más claro al respecto:

“Que los que vienen buscan enriquecimiento y nadie navega tantas leguas por amor del alma, sino para sacar de necesidad y pobreza su persona lo más presto que ellos puedan”.

Incluso los agricultores que llevó el padre Las casas a las Indias, apenas se descuidó, dejaron sus oficios y se dedicaron al más lucrativo negocio de robar y saquear las casas de los pobres nativos. Pero, es más, Fernández de Oviedo se molesta en preguntar a un miembro de la hueste de Hernando de Soto por qué siempre avanzaban y nunca se detenían a poblar el territorio. La respuesta de su entrevistado no pudo ser más clara: “su intento era de hallar alguna tierra tan rica que hartase su codicia”. Un afán de riquezas que incluso hace volar su imaginación: la leyenda de Jauja, el Dorado, la Ciudad de los Césares o las versiones legendarias del Cerro Rico de Potosí. Estos mitos, más que el servicio a Dios, son los que realmente mantuvieron en alto las espadas. Conquistadores como Jiménez de Quesada,

Sebastián de Belalcázar, Hernán Pérez o Féderman quedaron deslumbrados por los mitos áureos. Pero esta doble moral, esta dicotomía entre lo que decían y lo que hacían, era perfectamente compatible con el ideal de la guerra santa que nunca fue ajena al afán de botín.

Si hacia falta convertirse en huaqueros o ladrones de tumbas para conseguir su botín no dudaban en hacerlo. Fernández de Oviedo nos refiere un episodio realmente llamativo. La expedición de Grijalva encontró varias sepulturas recientes con oro. Ni cortos ni perezosos las saquearon, pese al olor nauseabundo, y “de creer es –continúa el cronista- que si tuvieran más oro, que aunque más hedieran, no quedarán con ello, aunque se lo hubieran de sacar de los estómagos”. En 1527 Alonso de Estrada envió a Oaxaca al capitán Figueroa para que saquease las joyas de las tumbas porque era costumbre entonces enterrarlas con ellas. También en la conquista del incario hubo saqueos de tumbas. Belalcázar, tras tomar Quito se desilusionó por no hallar las riquezas esperadas pese a que “desenterraron a los muertos”. Y Francisco Pizarro hizo lo propio cuando tomó Cuzco. No contento con el botín encontrado, atormentó a los indios para que les mostrasen dónde estaban las sepulturas. Dichas actividades continuaron porque en una Real Cédula, referida a Nueva Granada y fechada el 9 de noviembre de 1549, se pedía que se prohibiese que los españoles mandaran a los indios a buscar tesoros de las tumbas antiguas porque era mucho trabajo para ellos. Pero las actividades prosiguieron, hasta el punto que un tal Juan de la Torre, encontró en una sepultura del valle de Ica, oro por valor de 50.000 pesos. Cieza de León calculó que de las tumbas de Perú se sacaron más de un millón de pesos de oro. Todo esto dice mucho del ansia de riquezas de estos supuestos cruzados que los lleva a convertirse en meros ladronzuelos de tumbas.

Por otro lado, muchos de los miembros de las huestes indianas habían luchado en la Reconquista y tenían presente todo lo que suponía la lucha contra el Islam. En realidad se trataba de seguir haciendo lo mismo, es decir, conquista y repoblar, y de paso llenarse los bolsillos, como se había hecho durante siglos en la Reconquista. Los rasgos de la lucha contra el moro están presentes continuamente en la mente de los conquistadores. Con frecuencia afirman que los indios eran de la secta de Mahoma, o que los templos indígenas eran mezquitas. De hecho, cuando Cortés vio los templos de Cholula afirmó que todos ellos eran mezquitas. Algunos conquistadores luchaban con una cruz de cruzado puesta en su indumentaria. Las comparaciones están siempre a la orden del día. Manuel de Nobrega señaló que los indios brasileños eran “tan bestiales como los moros”. Los cronistas comparan

Tenochtitlán con Estambul y la corte de Moctezuma con la de Boabdil. Asimismo, afirman que las encomiendas las merecían por haber ganado las Indias, igual que los hidalgos castellanos ganaron sus libertades por haber ayudado a los reyes a “ganar sus reinos del poder de los moros...”. Se organizan entradas de rapiña, para robar oro y capturar esclavos. ¿Qué eran sino las armadas de rescate a Tierra Firme?, pues no eran más que la reproducción mimética de las cabalgadas medievales que se habían llevado a cabo de forma sistemática en territorios de infieles, tanto los situados en territorio Nazarita como los que se encontraban en la costa occidental africana. Se trataba de paralelismos que rondaban continuamente la mente de los conquistadores.

Para motivarlos para la lucha, los capitanes y adelantados trataban de darles motivos para dejarse la piel en el combate, motivos que siempre estaban relacionados con la lucha por Dios. Era un ritual idéntico al que se hizo en las Navas de Tolosa o décadas después en Lepanto, invocando la ayuda de Dios, a través del apóstol Santiago. Ejemplos en la Conquista de América, los hay por decenas. Bernal Díaz del castillo contaba que estando en Tabasco rodeados por los indios todos los españoles salieron contra ellos gritando el nombre del apóstol Santiago, y los hicieron retroceder. Antes de la batalla de Otumba Cortés arengó a sus soldados para que luchasen como cristianos contra los “infieles” porque sólo así obtendrían el favor de Dios y la victoria. Y nuevamente, muy poco antes de comenzar el asalto final a Tenochtitlán se dirigió de nuevo a sus hombres, persuadiéndoles que el principal motivo de su lucha era “apartar y desarraigat de las dichas idolatrías a todos los naturales de estas partes y reducirlos... porque si con otra intención se hiciere la dicha guerra, sería injusta”. Por su parte Gil González Dávila, en 1523, antes de entra en combate, y para levantar el ánimo a su hueste les narró el caso de Fernand González quien venció a Almanzor con la ayuda de Dios. Y, en el virreinato peruano, Francisco Pizarro arengó a su hueste, diciendo que Dios les ayudaría a “desbaratar y abajar la soberbia de los infieles y traerlos en conocimiento de nuestra santa fe católica”. No menos claro se mostraba su hermano Hernando cuando los animaba a luchar en servicio de Dios porque sólo así éste “pelearía por ellos” y garantizaría la victoria. Era una buena forma de convencer a sus mesnadas de que luchaban por una causa justa, por la causa más justa, y que además recibirían la ayuda divina para conseguir la victoria.

En definitiva, una minoría pudo creer que se trataba de una guerra santa, pero la mayoría debió ser más o menos consciente de la realidad, es decir, que la guerra santa era la

tapadera ideológica para justificar la destrucción y el pillaje de millones de indios. Como ha escrito acertadamente Josefina Oliva de Coll, en América se usó y se abusó del nombre de Dios en vano para justificar tropelías. Y por si alguien se alarma diremos que no se trata de una opinión nueva, pues la sostuvieron varios cronistas de la época. Girolamo Benzoni dice que la prueba de que combatieron por codicia y no por la evangelización lo atestigua el hecho de que “donde no han encontrado riqueza, no han querido quedarse”. También Fernández de Oviedo refirió que nadie se jugaba la vida en el océano “por amor del alma, sino para sacar de necesidad y pobreza su persona lo más presto que ellos puedan”. Unas décadas después, Alonso de Ercilla lo narró en términos parecidos en su poema épico *La Araucana*:

“Y es un color, es apariencia vana querer mostrar que el principal intento fue el extender la religión cristiana siendo el puro interés su fundamento; su pretensión de la codicia mana que todo lo demás es fingimiento...”.

Las víctimas lo tuvieron así de claro; los indios estaban convencidos, y las pruebas estaban a la vista, que los españoles habían ocupado sus territorios fundamentalmente para explotarlos y a saquearlos. En más de una ocasión estos indios manifiestan que el único culto que rendían los españoles era al metal precioso. Por cierto que esta idolatría al oro era una actitud que tenía orígenes bíblicos y que había sido denunciado ya en la antigüedad por los profetas y sabios de Israel.

Ahora bien, ¿eran creyentes los conquistadores?, yo estoy totalmente de acuerdo con Höffner cuando afirmó que los conquistadores fueron por lo general “de una religiosidad sincera y convencida”. Francisco Pizarro, herido de muerte, pidió un sacerdote en su último suspiro e incluso le dio tiempo a trazar una cruz con su sangre. Había matado a decenas de aborígenes pero murió confiado porque, de paso que se enriqueció, creía haber servido a Dios, llevando la luz a los infieles. Eran cristianos creyentes y la mayoría practicantes, lo cual nunca había sido incompatible con el robo y saqueo de aquellos a los que –sin serlo- creían o decían que eran infieles. De hecho, ya los grandes sabios de la Iglesia como San Agustín o Santo Tomás de Aquino habían escrito que igual que Israel emprendió la guerra contra los paganos los cristianos podían emprender guerras por mandato divino para castigar a los paganos. En definitiva, la Iglesia podía asumir crueles matanzas siempre que éstas sirvieran para expandir el cristianismo o para castigar los errores o las impiedades de los paganos. Esta idea será recogida por muchos pensadores religiosos y seculares de la España mesiánica del siglo XVI. Y tan claro estaba este doble objetivo espiritual y material que cronistas como el

padre José de Acosta o el parecer de Yucay llegan a afirmar que Dios colocó el metal precioso en América para así animar a los cristianos a conquistar el territorio, ampliando de esta forma la frontera cristiana. Donde no había metal precioso ni posibles esclavos útiles para el trabajo, la cosa era diferente, allí nadie quería ir a servir a Dios ni a Su Majestad. Sino, ¿por qué no se evangelizaron las selvas tropicales amazónicas? Por ese mismo motivo se mantuvo Vilcabamba independiente hasta el tercer tercio del siglo XVI cuando se supo de la existencia de minas de oro y plata. Y por la misma causa permaneció al margen de la conquista el área dominada por los peligrosos indios Caribes. No en vano, en la tardía fecha de 1580 la Corona remitió a los oidores de Quito para que apremien a los vecinos a que vayan contra los Caribes que atacan la provincia de Popayán porque se niegan a ir. A nadie le importaba la evangelización de los indios Caribes, porque eran muy belicosos y para colmo eran indómitos y no servían para emplearlos como mano de obra esclava.

Queda claro, pues, que la idea de la expansión misional y el lucro económico fueron juntas; lo temporal y lo espiritual de la mano como ha ocurrido siempre en toda la historia de las cruzadas. Por eso, alguien escribió que el día que faltase el oro ni habría muchedumbre de hombres civiles ni de sacerdotes.